

LAS BATALLAS DE LOS "LAICOS": MOVILIZACIÓN ESTUDIANTIL EN BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1958

Valeria Manzano

A fines de agosto de 1958, el entonces presidente Arturo Frondizi comunicó su decisión de reglamentar el Artículo 28 del decreto ley 6.403, promulgado en diciembre de 1955, por el cual se establecía la posibilidad de que las universidades particulares, o "libres", expidieran títulos que habilitasen a sus egresados a ejercer profesionalmente. El Artículo 28 había despertado un intenso debate y una primera oleada de movilizaciones de la comunidad universitaria a comienzos de 1956 y las autoridades del gobierno del general Pedro E. Aramburu decidieron posponer su reglamentación hasta que se regularizara la situación parlamentaria, lo que por fin sucedió –aunque con el Partido Justicialista proscrito– con las elecciones de febrero de 1958. Cuando tuvo lugar, el debate parlamentario fue precedido y acompañado por una de las movilizaciones estudiantiles de mayor alcance en la historia argentina del siglo XX. Estudiantes universitarios y secundarios –junto a profesores e intelectuales– fueron protagonistas de una batalla cuya trascendencia, se afirmaba, excedía con mucho la letra del Artículo. Para los estudiantes que colmaron las calles y ocuparon facultades y escuelas pronunciándose por la derogación del Artículo 28, la opción parecía sencilla: la persistencia y expansión de una educación superior "laica" debía defenderse ante el avance del clero y "los monopolios", o las fuerzas que, se creía, impulsaban la "libertad de enseñanza".

La batalla por la "laica" o "libre" de 1958 fue recuperada y analizada en diversos trabajos, que esquemáticamente pueden ordenarse en dos tendencias. Por un lado, desde la sociología e historia de los intelectuales se ha analizado esta batalla en el marco de las características de la refundación universitaria y la renovación del campo intelectual tras la destitución del régimen peronista en 1955, principalmente en el espacio de la Universidad de Buenos Aires (UBA). En ese sentido, se ha puesto énfasis en la articulación de un proyecto universitario anclado en las

tradiciones de la Reforma de 1918, tanto a nivel académico y pedagógico como político, proyecto que se sostuvo en la acción conjunta de los tres claustros, al menos entre fines de 1955 y los episodios de la “laica o libre”. Estos últimos, por fin, habrían marcado la vitalidad del “cuerpo reformista”, que sobrepasó aun el contexto de derrota del laicismo en 1958 para pervivir hasta la intervención a las universidades nacionales en 1966. Sin embargo, se agrega, los componentes estudiantiles del “cuerpo reformista” habrían sufrido mutaciones desde 1958: en particular, la política estudiantil universitaria habría comenzado a ser colonizada por la lógica de la política partidaria nacional.¹ También dentro de las perspectivas de la historia intelectual, un trabajo más reciente explora cómo los episodios de 1958 fueron elaborados en el campo de los “libres”, registrando las argumentaciones de diversos intelectuales católicos.² Por otro lado, los episodios de la “laica o libre” fueron recuperados en los escritos y testimonios de varios dirigentes del movimiento estudiantil universitario. En su mayoría, estas intervenciones han dado cuenta de la profundización de la escisión al interior del movimiento estudiantil entre reformistas y “humanistas” (los adherentes a la Liga de Estudiantes Humanistas, organizada en diciembre de 1950 y vinculada a la Democracia Cristiana), de los lineamientos de acción que emanaron de las conducciones de las Federaciones estudiantiles, y de la gravitación que algunos partidos –como el Comunista– tuvieron en esos sucesos.³ Ricos en anécdotas, los escritos y testimonios de los líderes estudiantiles, sin embargo, han recortado la reconstrucción de los episodios, muchas veces asumiendo la tarea de justificar las líneas de acción de agrupaciones o partidos específicos.

Basándose centralmente en un análisis de prensa periódica nacional, publicaciones estudiantiles e institucionales, debates parlamentarios e informes policiales, este artículo reconstruye las batallas de los estudiantes universitarios y secundarios identificados con el laicismo

¹ Véase especialmente Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, pp. 50-74; y Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943 -1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 65-68.

² José Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955 - 1966)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica - Universidad de San Andrés, 2006, pp. 85-120.

³ Horacio Sanguinetti y Alberto Giria, *Universidad y estudiantes. Testimonio juvenil*, Buenos Aires, Depalma, 1962, pp. 20-25; Bernardo Kleiner, *20 años de movimiento estudiantil reformista (1943-1963)*, Buenos Aires, Platina, 1964, pp. 195-230; Horacio Sanguinetti, “Laica o libre. Los alborotos estudiantiles de 1958”, *Todo es Historia*, núm 80, enero de 1974, pp. 8-23; Carlos Ceballos, *Los estudiantes universitarios y la política, 1955-1970*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pp. 15-21; Mario Toer (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988, especialmente las entrevistas con Isidoro Cheresky, Ernesto Laclau, Emilio Gibaja, Miguel Mumis, Bernardo Kleiner, Julio Godio y Jorge Gadano.

en Buenos Aires y el Gran Buenos Aires.⁴ En particular, este artículo se propone dar cuenta de tres procesos interrelacionados que tuvieron lugar durante las batallas de los “laicos” y que, se sostiene, son de fundamental importancia para comprender no sólo la lógica y los alcances de la movilización de 1958 sino también para comprender los vínculos de los estudiantes con la política en los años que siguieron.

En primer lugar, este artículo muestra cómo entre septiembre y octubre de 1958 se desplegó una dinámica de movilización *in crescendo* en la cual se evidenció la participación de nuevos actores en la vida política estudiantil: los estudiantes secundarios. Aun cuando la movilización se irradió desde los espacios universitarios, su dinámica –consistente en un repertorio de manifestaciones callejeras, huelgas y ocupaciones– pronto incorporó a los secundarios del área metropolitana, un cuerpo estudiantil cuyo número se había multiplicado desde fines de los años '40. La defensa del laicismo, en tanto elemento articulador de un segmento importante de la vida político-cultural argentina, parecía así continuarse con la emergencia de una nueva generación estudiantil, forjada ya no sólo en los espacios universitarios sino también en la educación media.

En segundo lugar, se mostrará que, a la par de la ampliación e intensificación de la movilización de los “laicos” se transformaron las representaciones que la prensa y distintos emisarios oficiales construyeron sobre el estudiantado. Hacia el final del proceso, los estudiantes laicistas habían perdido toda “respetabilidad”, ya sea porque pasaron a considerarse instrumentos de un ubicuo comunismo o porque se los asociara con tendencias “antidemocráticas” en la cultura política argentina. Por un lado, las publicaciones de tono nacionalista, algunos funcionarios del Poder Ejecutivo y los jefes policiales pronto impugnaron a los laicistas por “comunistas”. En este sentido, un análisis de sus argumentos y sus prácticas en el contexto de las batallas “laica o libre” resulta útil para remarcar que el discurso anticomunista a tono con la Guerra Fría se estaba articulando con anterioridad a que localmente se sintieran los primeros coletazos de la Revolución Cubana, teniendo al movimiento estudiantil como un blanco privilegiado.⁵ Por otro lado, los editorialistas de los grandes diarios y algunos ministros comenzaron

⁴ Mónica Bartolucci ha reconstruido esos episodios para la ciudad de Mar del Plata en su “La primavera del 58. Revueltas, tomas y batallas estudiantiles en el conflicto ‘Laica o Libre’ en Mar del Plata”, mimeo, s/f.

⁵ Como ha analizado Oscar Terán, entre otros investigadores, el impacto de la Revolución Cubana entre amplios segmentos de la intelectualidad se consolidó hacia 1960 y, con él, también el discurso y la práctica anticomunista, *Nuestros años sesenta: la formación de una nueva izquierda intelectual argentina, 1955-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993, véase especialmente el capítulo VI.

por intentar explicar lo que había de “antidemocrático” en las acciones estudiantiles, vinculándolas con un pasado inmediato de “falta de gimnasia” cívica. Con el correr de las semanas, los intentos de explicación devinieron condena lisa y llana de una generación estudiantil a la cual se consideraba directamente “perdida”.

En este último fenómeno, fue central un tercer proceso: el acercamiento de las dirigencias estudiantiles al movimiento obrero. La consigna de “unidad obrero estudiantil”, un motivo consolidado en segmentos del movimiento estudiantil ya desde la Reforma, en 1958 se había resemantizado: los obreros, ahora, eran mayoritariamente “obrerros peronistas”. Hacia el final de las batallas de los “laicos”, las conducciones de la Federación Universitaria Argentina (FUA) y la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) decidieron plegarse a una huelga obrera llamada para el 10 de octubre e invitar a las 62 Organizaciones, no sin antes autocriticarse por el lugar que las organizaciones estudiantiles de signo reformista habían asumido durante los gobiernos peronistas y especialmente en el contexto de su derrocamiento. Analizar este temprano acercamiento entre sectores estudiantiles y dirigencias obreras peronistas, aunque limitado y –como se mostrará– frustrado, no deja de ser útil para reconsiderar las imágenes que historiadores del movimiento estudiantil de fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 han construido sobre etapas previas. Ese supuesto estudiantado “monolíticamente antiperonista” del final de la década de 1950 no era tal.⁶ Al menos desde el desenlace de las batallas de los “laicos”, el posicionamiento frente al peronismo devino una de las líneas de fragmentación entre las dirigencias del movimiento estudiantil de orientación reformista, provocando una de las primeras escisiones “orgánicas” dentro de ese conjunto.

Los antecedentes: del '55 al '58

En diciembre de 1955, el Poder Ejecutivo emitió el decreto ley 6.403, cuyo Artículo 28 establecía la posibilidad de que se creasen universidades por iniciativa privada. El decreto sorprendió a las organizaciones universitarias que se proclamaban herederas de la Reforma de 1918, organizaciones que habían sido un bastión en la oposición a los gobiernos peronistas y que habían aportado militantes activos para los episodios que llevaron a

⁶ Ana Barletta, “Peronización de los universitarios (1966-1973). Elementos para rastrear la constitución de una política universitaria peronista”, en *Pensamiento Universitario*, año 9, núm. 9, abril de 2001, p. 83.

su derrocamiento en septiembre de 1955.⁷ Al conocerse el decreto 6.403, el movimiento estudiantil reformista y buena parte del arco progresista que acompañó a la autodenominada Revolución Libertadora codificaron su lectura: las universidades privadas responderían a la iniciativa de la Iglesia Católica y, más que “libres”, serían confesionales.

Desde febrero de 1956, la FUA y la FUBA manifestaron su preocupación por la posibilidad de que el Artículo 28 se reglamentara. Esa preocupación era compartida por los representantes del Partido Socialista en la Junta Consultiva Nacional, que en una reunión extraordinaria debatió en extenso los posibles alcances del Artículo 28. Tras la presentación del entonces Ministro de Educación –el reconocido católico Atilio Dell’Oro Maini, señalado por muchos como el “autor intelectual” del proyecto–, el consejero socialista Américo Ghioldi calificaba de “injerto” al Artículo 28 y sostenía que “en no pocos templos, en las calles de la ciudad, se discute el problema en función religiosa y confesional”.⁸ Ghioldi y la doctora Alicia Moreau de Justo, también consejera en la Junta Consultiva, realizaron una defensa de la tradición laicista en la educación argentina, argumentando que la libertad para enseñar y aprender sólo podía ser ejercida en instituciones educativas que no respondieran a ningún credo ni fueran financiadas por capitales privados. Mientras tanto, comenzado el ciclo lectivo de 1956, los estudiantes reformistas llevaron adelante una batería de acciones tendientes a impedir la reglamentación del Artículo 28, acciones que incluyeron demostraciones públicas, huelgas y ocupaciones de facultades en la UBA. La batalla entre “laicos” y “libres” se cobró entonces sus primeras víctimas: presentaron sus renuncias tanto el Ministro de Educación como el Rector de la UBA, José Luis Romero.

La primera batalla culminó en un *impasse*. En parte porque la Junta Consultiva no tenía poder resolutorio, en parte porque se comprendió que la reglamentación del Artículo 28 hubiese implicado erosionar aun más la ya crispada alianza antiperonista, las autoridades del Gobierno Provisional del general Pedro E. Aramburu no volvieron al tema. Sin embargo, a poco de convocarse a elecciones presidenciales para febrero de 1958 y cuando ya había anunciado su candidatura por la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), el doctor Arturo Frondizi se

⁷ Para una reconstrucción de las relaciones conflictivas entre las organizaciones estudiantiles reformistas y los dos primeros gobiernos peronistas, véase Carlos Mangone y Jorge Warley, *Universidad y peronismo (1943-55)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984. Para testimonios de las discusiones entre algunos miembros de las organizaciones reformistas sobre la participación en los “comandos civiles” que acompañaron al golpe de Estado de septiembre de 1955, véanse las entrevistas a Miguel Murmis y Emilio Gibaja, en Mario Toer (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, vol. 1, *op. cit.*, pp. 11-58.

⁸ “Junta Consultiva Nacional, Octava Reunión Extraordinaria – 29 de febrero de 1956”, inserto en *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, tomo IV, 25 de septiembre de 1958, p. 4429.

refirió a los debates educativos. Para sorpresa de los jóvenes intelectuales (muchos de ellos universitarios y de tradición reformista) que acompañaban su proyecto, en junio de 1957 Frondizi se proclamó en contra del “monopolio estatal de la enseñanza”, lo cual equivalía –en términos de época– a declararse partidario de la enseñanza “libre”.⁹ Esos jóvenes intelectuales no abandonaron las expectativas puestas en Frondizi y lo acompañaron en su camino a la presidencia, junto con otros actores y fuerzas políticas que incluyeron desde su propio partido, hasta sectores del proscrito peronismo y el Partido Comunista.¹⁰

Cuando en mayo de 1958 Frondizi anunció la composición de su futuro gabinete, sin embargo, se ponía en evidencia que, al menos en el área educativa, primarían los acuerdos establecidos con sectores de la Iglesia Católica. La designación de un reconocido católico, Luis Mac Kay, al frente del Ministerio de Educación y Justicia –que contrastaba con la designación del viejo líder e “historiador oficial” de la Reforma Universitaria, Gabriel del Mazo, al frente del recién creado Ministerio de Defensa– abría el camino para reponer al Artículo 28 en el centro de la escena política.¹¹ Esto sucedería, finalmente, a fines de agosto de 1958, cuando mediante un comunicado se hizo saber que el Poder Ejecutivo estaba estudiando “los medios jurídicos para hacer efectivo el principio de libertad de enseñanza”.¹² La decisión de impulsar la “enseñanza libre” dio lugar a una de las mayores movilizaciones y debates de la administración frondicista. Las grandes movilizaciones por la “laica” o “libre” se prolongaron durante siete semanas y en una de ellas (desde el 23 hasta el 30 de septiembre) se entrecruzaron con los debates en el parlamento. Estos últimos resultaron en la aprobación de un proyecto que recuperaba lo central del Artículo 28, dando así lugar a la emergencia del actual sistema universitario, escindido entre universidades públicas y privadas.¹³

⁹ “Frondizi afirma la línea de Yrigoyen”, en *Qué sucedió en siete días*, núm. 136, 25 de junio de 1957, p. 9. Uno de los jóvenes intelectuales que se plegaron al proyecto frondicista, en sus memorias señalaba que las declaraciones a *Qué sucedió...* fueron “una explosión nuclear” para el grupo, también integrado por Ismael Viñas y Noé Jitrik, entre otros, véase Nicolás Babini, *Frondizi. De la oposición al gobierno*, Buenos Aires, Celtia, 1984, p. 178.

¹⁰ Para un análisis de las expectativas que diferentes núcleos políticos e ideológicos depositaron inicialmente en Arturo Frondizi, tanto como del desenvolvimiento de las ideas de integración y desarrollo que alentaron su proyecto, véase Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943 – 1973)*, Buenos Aires, Ariel, especialmente pp. 50-67.

¹¹ Celia Szusterman señala la sorpresa que despertó en círculos allegados a Frondizi la no designación de Del Mazo al frente de la cartera educativa, que hubiera sido lo esperado, véase su *Frondizi and the Politics of Developmentalism in Argentina, 1955-62*, Londres, MacMillan Press, 1993, p. 114.

¹² “Comunicado del Poder Ejecutivo sobre enseñanza”, en *La Nación*, 27 de agosto de 1958, p. 13.

¹³ Para las implicancias del debate “laica o libre” en el marco de las transformaciones del sistema universitario, véase Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos

De la indignación a la euforia

Cuando el 26 de agosto de 1958 el Poder Ejecutivo hizo pública su decisión de reglamentar el Artículo 28, las principales organizaciones estudiantiles universitarias no fueron tomadas por sorpresa. Desde principios de ese mes se esperaba una inminente decisión presidencial y los rectores universitarios encabezados por el de la UBA, Risieri Frondizi, habían enviado al Presidente una nota expresando su preocupación por la posibilidad de un decreto presidencial reglamentando el Artículo 28.¹⁴ Un temor similar manifestaron los consejeros estudiantiles de la UBA, que se entrevistaron con el Presidente y le entregaron una carta en la que lo exhortaban a no prescindir del Congreso y le recordaban los conflictos de 1956, expresándole que “es el deseo de los universitarios que no se reedite un clima de violencia tal que no sólo anularía toda la labor de las universidades sino que rebasaría el ámbito universitario”.¹⁵

Un clima sino de violencia al menos de agitación ya se había desatado cuando los consejeros entregaban la carta al Presidente. Unos 300 estudiantes de los Colegios Mariano Moreno y Comercial 19, ambos de la Ciudad de Buenos Aires, se lanzaron a las calles al grito de “laica, laica”. El ministro de Educación, doctor Luis Mac Kay, pidió rápidamente a la Policía Federal que interviniera y un primer adolescente fue detenido. Mientras tanto, en la Facultad de Filosofía y Letras tuvo lugar un primer acto público, en el que hablaron el representante estudiantil Eliseo Verón, el entonces Subsecretario de Cultura de la Nación Ismael Viñas –quien vaticinó que quedaba por delante “una larga batalla” en la que podría haber “derrotas espectaculares”– y el dirigente socialista Abel A. Lattendorf.¹⁶ Así, ya en los primeros días de septiembre se presentaron en escena algunos de los principales actores de las luchas que recién comenzaban: los estudiantes universitarios y secundarios, las fuerzas represivas, el Poder Ejecutivo y las autoridades universitarias.

Los estudios sobre las disputas por la educación “laica o libre” suelen referir a un momento fundacional: el acto en la Facultad de Ciencias Exactas del 4 de septiembre. En su discurso, el rector Risieri Frondizi expresaba que “Con profundo dolor y honda preocupación abandonamos la tranquilidad de las aulas, laboratorios y bibliotecas

Aires, Sudamericana, 2005, pp. 173-178.

¹⁴ “Nota de los Rectores”, en *Boletín de Informaciones de la Universidad de Buenos Aires*, núm. especial, septiembre de 1958, pp. 3-5.

¹⁵ “Consejeros estudiantiles entrevistaron al Jefe del Estado”, en *La Nación*, 2 de septiembre de 1958, p. 4.

¹⁶ “Consideraciones sobre la libertad de enseñanza”, en *La Nación*, 3 de septiembre de 1958, p. 4.

para aprestarnos a salir en defensa de la libertad de la cultura”. Risieri Frondizi daba el tono de la batalla: abandonar la cotidianeidad de la vida universitaria se justificaba sólo ante un propósito mayor, que consistía en defender a una cultura que se entreveía amenazada. Un bastión de esa cultura era, como planteó Silvia Sigal, “esa gran divisoria de aguas que fue el laicismo”.¹⁷ Defender el laicismo implicaba apropiarse de otras tradiciones, de corte liberal y progresista, y permitía la articulación de diversos grupos sociales, culturales y políticos en torno a un programa mínimo. Con escasas aunque significativas y aguerridas excepciones, los tres claustros de la UBA abrazaron la causa laica y los estudiantes se aprestaron a organizar las luchas más visibles.¹⁸

Tanto la FUBA como la recientemente creada Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios (FEMES) llamaron a mantenerse en estado de “movilización permanente” y convocaron a una huelga para el 10 de septiembre y, junto con la FUA, a una demostración de carácter nacional para el 19.¹⁹ Los estudiantes secundarios tomaron literalmente la premisa. Ya a principios de septiembre, en varios colegios la asistencia había caído a menos del veinte por ciento y en otros directamente se habían suspendido las clases. Mientras el Subsecretario de Educación Antonio Salonia lo atribuía al temor de los padres a enviar a sus chicos a la escuela, los estudiantes preferían hacerlo a la eficacia de los piquetes organizados en las puertas de los colegios, como el que se sostuvo en el Carlos Pellegrini.²⁰ Escenas si-

¹⁷ Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, p. 69.

¹⁸ En términos de organizaciones universitarias, ya durante los primeros días de septiembre comenzaron las críticas a lo actuado y lo dicho por el rector Risieri Frondizi. En particular, los estudiantes de la Liga Humanista reprobaron la opción por la “laica”, como así también lo hicieron las agrupaciones de egresados de esa tendencia (la Agrupación de Egresados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, la Agrupación Independiente de Egresados de Filosofía y Letras y el Centro de Egresados de Ciencias Económicas). En la reunión de la Asamblea Universitaria del 11 de septiembre, la “actitud del rector” fue el principal tema de la agenda. Por 58 votos a favor, 15 en contra y 6 abstenciones se aprobó que “las gestiones efectuadas por el señor rector Risieri Frondizi y el señor vicerrector Florencio Escardó para que no se reglamente el artículo 28 del decreto ley 6.403/55 y para que se sancione la ley universitaria, y le ratifica su confianza en el desempeño de sus funciones” (“La Asamblea Universitaria ha aprobado la acción del rector”, en *La Prensa*, 12 de septiembre de 1958, p. 4).

¹⁹ La FEMES fue creada en mayo de 1958, en el marco del Primer Congreso Metropolitano de Estudiantes Secundarios. En ese evento hubo algunas refriegas que anticipaban, de alguna manera, los enfrentamientos de septiembre y octubre: grupos de la pequeña Unión Nacional de Estudiantes Secundarios –de orientación ultranacionalista– habrían irrumpido a los gritos y a “golpes de puño”. El impulso para la organización del Congreso y de la FEMES habría procedido de militantes de la Federación Juvenil Comunista, véase “La Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios”, en *Revista del Mar Dulce*, núm. 8, junio-julio de 1958, p. 28.

²⁰ Véase “Declaraciones”, en *Clarín*, 5 de septiembre de 1958, p. 18.

milares de efervescencia organizativa se vieron en varias escuelas del sur del Gran Buenos Aires, donde el 8 de septiembre se constituyó la Liga del Sur.²¹ Además de oponerse a la reglamentación del Artículo 28, ambas organizaciones reclamaban la abolición del decreto firmado por Jorge de la Torre en 1936, que prohibía la agremiación de los estudiantes secundarios.

La movilización desplegada por los estudiantes secundarios de los colegios públicos marcó uno de los aspectos más originales de las batallas de los laicos. La matrícula estudiantil de los colegios públicos se había expandido durante los primeros gobiernos peronistas, intensificándose luego en el bienio 1956-1958, cuando las ramas normal y comercial crecieron casi un 10% y la técnica un 9%.²² Lo abultado del cuerpo estudiantil en las escuelas públicas, sin embargo, no explica lo masivo de su movilización ni su opción por el laicismo, para lo cual habría que atender a tres puntos fundamentales. En primer lugar, el laicismo impregnaba a buena parte de los actores de la enseñanza media y no sólo a los estudiantes. Los docentes y directivos de las escuelas secundarias públicas en el área metropolitana, como sus pares en la educación superior, abrazaban también la causa laicista. Como recordaría una educadora, muchos docentes de escuelas medias y primarias suponían que la “libertad de enseñanza” a nivel de la educación superior despejaría el camino para la reposición de la enseñanza religiosa en los niveles inferiores.²³ El laicismo confeso de muchos docentes creaba un clima favorable –o al menos, no hostil– para el activismo estudiantil. En segundo lugar, la emergencia de organizaciones estudiantiles, como la FEMES, da cuenta de la existencia de una oleada de activismo con anterioridad a las batallas laicistas. Esas

²¹ Para el contexto de formación de la Liga del Sur, véase “Fue unánime el paro de estudiantes secundarios”, en *La Hora*, 10 de septiembre de 1956, p. 16. La recientemente creada Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires (DIPBA), consiguió un informante clave en la Liga del Sur –su secretario– y siguió sus actividades sostenidamente entre fines de 1958 y mediados de 1959. Aunque los servicios de inteligencia se esforzaron en adjudicarle el mote de “comunista”, anotaban que de su comisión directiva compuesta por 11 miembros, 4 eran “filo-comunistas”, 2 socialistas, uno peronista y del resto “se ignora”, Archivo DIPBA, Mesa “A”, Factor Estudiantil, legajo 2, folio 11.

²² Para los datos referidos a los gobiernos peronistas, Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón: Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1993, pp. 331-333; para el bienio 1956-1958, Ministerio de Educación y Justicia, *Enseñanza Media, Años 1914-1964*, tomo II, 1964, cuadros núms. 215 y 291, pp. 299 y 411, respectivamente. La preponderancia de las ramas técnica y comercial se hacían notar en la composición del cuerpo directivo de la Liga del Sur, donde de sus 11 miembros, 4 pertenecían a escuelas técnicas, 4 a comerciales y 3 a bachilleres y normales. Asimismo, es de destacar que el presidente y vicepresidente de la organización tenían domicilio en una de las zonas más humildes de Avellaneda, el Dock Sud, Archivo DIPBA, Mesa “A”, Factor Estudiantil, legajo 2, folio 12.

²³ Delia Etcheverry, *El adolescente y la escuela secundaria*, Buenos Aires, EUdeBA, 1961, pp. 58-59.

organizaciones sin dudas colaboraron de manera decisiva a la hora de propagar la movilización laicista. Por último, y de manera central en la lógica inmediata de las disputas, es dable destacar que en el campo de los “libres” también resaltaban los estudiantes secundarios, mucho más visibles inicialmente que sus compañeros universitarios. En buena medida, los estudiantes secundarios laicistas respondían al desafío de una batalla entre “pares” generacionales.

Los combates callejeros entre estudiantes secundarios dominaban, en efecto, la crónica periodística. Ya desde los primeros días de septiembre, la crónica hablaba de una suerte de “corredor de las trifulcas”, para referir al sector comprendido entre las avenidas Callao, Santa Fe, 9 de Julio y Rivadavia. El corredor no sólo contenía la Plaza del Congreso, principal sede de las demostraciones casi diarias de los secundarios laicistas, sino también al Colegio del Salvador y, muy cerca, el Colegio Champagnat y el San José. El 5 de septiembre, sólo por tomar un día ejemplar, los estudiantes católicos del Colegio del Salvador organizaron un acto puertas adentro en defensa de la enseñanza libre, para después llegar hasta el Champagnat, juntarse con sus compañeros y marchar por Santa Fe. Un “grupo de secundarios laicos”, afirmaba una crónica, apedreó a los manifestantes “libres”, quienes respondieron de la misma manera.²⁴ La “incansable gimnasia de la rebeldía estudiantil” proseguía en la Plaza del Congreso, donde estudiantes laicistas continuaron hasta la medianoche “apedreando intermitentemente a la Policía”, que para entonces ya había detenido a 119 muchachos.²⁵

La respuesta policial fue casi inmediata, pero tras la primera semana de agitación otras declaraciones y comunicados oficiales se repitieron. La primera de ellas provino del ministro de Educación Luis Mac Kay, quien en un comunicado exhortaba a los estudiantes secundarios a mantener la calma y anunciaba sanciones disciplinarias para quienes no asistieran a clase u organizaran piquetes. Asimismo, avanzó una interpretación conspirativa que hacía gala de un profundo anticomunismo: acusaba a la acción de “elementos ajenos al ámbito escolar” por los desmanes.²⁶ El ministro del Interior, Alfredo Vítolo, mantuvo una actitud más paternalista al sostener que “hay un desconocimiento del uso de la libertad por parte de los jóvenes: falta de gimnasia”.²⁷ Vítolo refería indudablemente al pasado inmediato, marcado por los años peronistas, en los cuales la “gimnasia de la libertad” no podría haber sido practicada.

²⁴ “Las agitaciones estudiantiles”, en *La Nación*, 6 de septiembre de 1958, p. 13. Desde esa tarde y por varias semanas, el Colegio del Salvador fue celosamente custodiado por la Policía.

²⁵ “El centro: escenario para el debate sobre la libre enseñanza”, en *Clarín*, 6 de septiembre de 1958, p. 11.

²⁶ “Texto del comunicado”, en *La Nación*, 5 de septiembre de 1958, p. 9.

²⁷ “Declaraciones”, en *Clarín*, 6 de septiembre de 1958, p. 11.

Las explicaciones que conectaban la rebeldía estudiantil con el pasado peronista se multiplicaron. En las primeras notas editoriales que le dedicó a los conflictos estudiantiles, *La Nación* promovía esas conexiones. El editorialista lamentaba los “episodios de violencia de que han sido actores los adolescentes”, refiriéndose por adolescentes solamente a los estudiantes secundarios laicistas (“que agredieron a colegios con cuya orientación no comulgan”), y señalaba que era posible comprender –aunque no tolerar– ciertas conductas sólo si se tenía en cuenta “que los tiempos oscuros de la vida argentina han introducido en ésta fermentos de indisciplina”.²⁸ No es difícil conjeturar que por “oscuros tiempos” se refería al pasado peronista. Días más tarde, en otra editorial, los “niños y adolescentes” eran, ahora, “víctimas inocentes”, cuyas conductas debían orientarse para no ver “naufragar la democracia y la libertad”.²⁹ Al igual que en las declaraciones del ministro Vítolo, en las interpretaciones promovidas por *La Nación* se entrevía un dejo de confianza en la posibilidad de “reencauzar” la rebeldía estudiantil.

Mucho menos esperanzados parecían los sectores nacionalistas que publicaban dos de las revistas políticas de mayor circulación en 1958, *Mayoría* y *Azul y Blanco*. Esta última, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo, desde su lanzamiento en 1956 no hacía sino profirir diatribas contra la UBA y los estudiantes reformistas, entre quienes no veía más que infiltración comunista y “colonijaje mental”.³⁰ Apenas más sutiles, aunque también a favor de la opción por la “libre” e incluso demandando la reimplantación de la enseñanza religiosa en las aulas, los editoriales de *Mayoría* que se enfocaron en las revueltas callejeras de estudiantes laicistas introdujeron una nueva variable para su representación. No había que lamentar la actitud aguerrida de los secundarios, sostenía el editorialista, ya que “es mejor que hagan eso y no que formen pandillas criminales, como en Norteamérica y en Inglaterra”.³¹ Una juventud politizada, entonces, era preferible a esa de los países “imperialistas”, que el cine y la crónica diaria comenzaban a asociar con la “rebeldía sin causa”. Sin embargo, de acuerdo al editorialista de *Mayoría*, para reencauzar a los estudiantes laicistas existía sólo un camino: restituir principios

²⁸ “Episodios ingratos”, en *La Nación*, 7 de septiembre de 1958, p. 6.

²⁹ “Trabajemos en el orden y la legalidad”, en *La Nación*, 15 de septiembre de 1958, p. 4.

³⁰ Véase por ejemplo, “Cara y ceca de los laicos”, en *Azul y Blanco*, núm. 117, 9 de septiembre de 1958, p. 3, o “Intervención necesaria”, en *Azul y Blanco*, núm. 118, 16 de septiembre de 1958, p. 3. Como su título lo indica, esta última reclama en tono ferviente la intervención de la UBA y, como en otras oportunidades, de una forma hasta caricaturesca crítica a Risieri Frondizi, “encargado de acaudillar al malevaje de la FUBA contra instituciones y particulares”.

³¹ “La escuela enciclopédica y sin Dios fracasa, hay que cambiar los principios”, en *Mayoría*, núm. 75, 15 de septiembre de 1958, p. 3.

de jerarquía, perdidos merced a “tanta charlatanería democrática”, que primaba en la “mal llamada universidad nacional” y las escuelas “que deforman”.³²

Aunque contrapuestas, las interpretaciones de la movilización estudiantil laicista que se produjeron en el marco de la prensa liberal (coincidiendo con parte del discurso oficial) y de la prensa nacionalista se enfocaron, al menos durante las primeras semanas del conflicto, en los estudiantes secundarios. La irrupción masiva de los estudiantes secundarios en las calles ameritaba una explicación y fue así que las interpretaciones construidas por la prensa y algunos representantes oficiales buscaron auscultar sus condiciones de posibilidad, creyendo encontrarla en el pasado inmediato. En ese pasado inmediato sobresalieron el régimen peronista y sus implicancias para el binomio libertad-democracia, laxamente entendidas. La falta de libertad y democracia en esos diez años, en el caso de Vítolo y *La Nación*; el exceso de “charlatanería democrática” contrapuesta implícitamente a un “orden” previo, en el caso de la prensa nacionalista, hicieron provisoriamente inteligible la acción estudiantil de los laicos.

Mucho más comprensible y saludada por la prensa y por casi todos los miembros del Poder Ejecutivo fue la acción de los “libres”. En particular, ése fue el caso de la movilización conjunta llamada para defender la “libertad de enseñanza” el 15 de septiembre.³³ En la Plaza del Congreso, según datos de la Policía Federal, se congregaron unas sesenta mil personas convocadas por el “Comité de Defensa de la Enseñanza Libre”, una entidad liderada por el Arzobispo de La Plata, Monseñor Plaza. Tras los discursos, las columnas marcharon hacia la casa de gobierno, donde una delegación se entrevistó con el Presidente.³⁴ La prensa destacaba el orden y la animación de los concurrentes. Un semanario oficialista planteó incluso que ésa era la expresión de la auténtica ciudadanía, “de los sin partido”.³⁵ *Mayoría* entrevistó en la manifestación la restitución de los principios del orden y de la nacionalidad: los “libres”, aseguraba, eran el “pueblo con sus mejores tradiciones”.³⁶ Sólo uno entre los periódicos de la “prensa grande” aludió a la presencia de unos muchachos cuyo cartelón los identificaba como “Grupo Tacuara.

³² “La libertad de enseñanza como un problema de miedo”, en *Mayoría*, núm. 74, 8 de septiembre de 1958, p. 3.

³³ Para una reconstrucción de las argumentaciones de los intelectuales católicos en torno a la libertad de enseñanza, véase José Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad*, *op. cit.*, pp. 99-120.

³⁴ “Frondizi prometió que habrá enseñanza libre”, en *Clarín*, 16 de septiembre de 1958, p. 1.

³⁵ “Mayoría por la enseñanza libre”, en *Qué sucedió en siete días*, núm. 200, 23 de septiembre de 1958, p. 8.

³⁶ “La libertad de enseñanza une al pueblo en la tradición nacional”, en *Mayoría*, núm. 76, 22 de septiembre de 1958, p. 3 (y título de la tapa).

Juventud Nacionalista” quienes, al avanzar hacia la Plaza de Mayo al canto de “¿Dónde está la FUBA?: Está en la sinagoga”, apedrearon las ventanas de *La Prensa*.³⁷

Para los “laicos”, por supuesto, la manifestación de los “libres” no pasó inadvertida y se la comentó y analizó mientras se preparaba la propia para el 19 de septiembre. En particular, circularon las versiones de que muchos de los manifestantes “libres” habían llegado al centro con su boleto de tren pagado por el Arzobispado de La Plata.³⁸ Asimismo, las organizaciones de estudiantes secundarios se quejaron de las deferenencias para con los “libres”: mientras el Ministro de Educación amenazaba con computar inasistencias dobles a los laicistas que no asistieran a clase y se negaba a recibir a sus federaciones, a sus adversarios no se les computarían inasistencia y, mucho más grave aun, sí se había recibido a una delegación de la “Federación de Estudiantes Secundarios Libres”.³⁹ Por último, la presencia activa, las agresiones y los estribillos antisemitas del Grupo Tacuara permitieron a muchos laicistas cerrar un círculo en la identificación del adversario “libre”: se trataba de la curia y de la derecha impulsando un proyecto que se consideraba decididamente privatista y, por ende, antipopular.

Las organizaciones estudiantiles laicistas habían decretado un paro para el 19 de septiembre y ese día, desde temprano, las calles aledañas a la Plaza de Congreso se fueron colmando de manifestantes.⁴⁰ En el pal-

³⁷ “La concentración en Plaza de Mayo”, en *La Nación*, 16 de septiembre de 1958, p. 16. Los estudios sobre Tacuara y sus ramificaciones coinciden en que, si bien muchos de sus militantes provenían de una previa participación en otros grupos estudiantiles nacionalistas de derecha, el lanzamiento público del grupo se produjo en los episodios de septiembre y octubre de 1958. Como señalaba Rogelio García Lupo en un artículo pionero, Tacuara tuvo su bastión inicial entre los estudiantes de los colegios católicos de la Ciudad de Buenos Aires, véase “Un diálogo con los jóvenes fascistas”, en *La rebelión de los generales*, Buenos Aires, Libera, 1962, p. 72. Para una investigación reciente, véase Daniel Gutman, *Tacuara: la primera guerrilla urbana en la Argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2004.

³⁸ El periódico *La Hora* reprodujo un telegrama enviado al jefe de la estación ferroviaria de La Plata, en el cual consta que la “Curia Eclesiástica de La Plata solicita 1.500 pasajes ida y vuelta en segunda clase desde La Plata hasta Constitución” (“Hoy, la reacción clerical en la calle”, en *La Hora*, 15 de septiembre de 1958, p. 1 y, de forma íntegra, “¿Quién lo organizó?”, en *La Hora*, 22 de septiembre de 1958, p. 1).

³⁹ “Declaraciones”, en *Clarín*, 16 de septiembre de 1958, p. 20.

⁴⁰ Al acto en defensa de la educación laica adhirieron un vasto conjunto de fuerzas políticas y sindicales. Entre las adhesiones de los partidos políticos se contaron las del Partido Socialista, Partido Comunista, Partido Demócrata Progresista, Mesa Directiva del bloque de diputados de la Unión Cívica Radical de Pueblo y la Juventud Metropolitana de la UCRI, entre otros. Mientras tanto, en la nómina de las organizaciones sindicales que adherían al acto se encontraban, entre otras: Confederación General del Trabajo de Tucumán, La Plata y Córdoba, Unión Obrera de la Construcción, Unión Obrera Gastronómica, La Fraternidad, Unión de Obreros y Empleados Municipales, Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina, y Federación Obreros

co, una imagen de Sarmiento presidía simbólicamente la demostración. Como indicaban las crónicas y reforzaban las imágenes que las acompañaban, dos grandes banderas sobresalían: una llevaba la sola palabra “Laica” y la otra tenía la inscripción “FUA y CGT – Movilización Conjunta”. Tras una acalorada entonación del himno, en la que algunos secundarios jugaron con su letra (en vez de cantar “y los libres del mundo responden” cantaron “y los laicos del mundo responden”), comenzaron a leerse las adhesiones –entre las que destacaba una carta de Risieri Frondizi– y a pronunciarse los discursos.⁴¹ Los oradores fueron Jorge Goldsmidt, presidente de la FEMES; Carlos Barbé, presidente de la FUBA; Omar Patti, secretario de la FUA; José Luis Romero, por los profesores, e Ismael Viñas –quien días antes renunciara a su cargo de Subsecretario de Cultura de la Nación– por los graduados.

Tres núcleos fueron comunes a todas las intervenciones. Por un lado, todas rechazaron los motes de “golpistas” que habían comenzado a deslizar en esa semana algunos miembros del Poder Ejecutivo para descalificar a las movilizaciones de los laicos. Por otro, todos los oradores subrayaron que sólo la educación estatal y laica garantizaría la igualdad de oportunidades y que las universidades privadas implicarían la consagración de privilegios. A su vez, se insistió, el peligro no era sólo el de “entregar” un segmento vital de la educación y la cultura al clero sino también a las “foundations”, punta de lanza de los “monopolios”. En estrecha relación, por último, se enfatizaba la conexión entre la “entrega” de la cultura y la de otros recursos patrimoniales –como el petróleo– a manos privadas. Por eso mismo, se llamaba al “pueblo” a participar de la defensa de lo público. Romero lo sintetizaba: “Esta batalla que libramos contra las fuerzas oligárquicas y clericales y reaccionarias compromete a nuestra cultura y a nuestra economía. No la podemos perder, no la vamos a perder”.⁴²

En efecto, tras la movilización del 19 de septiembre el arco laicista parecía convencido de que esa batalla “no se podía perder”. Casi duplicando la concurrencia del acto de los “libres”, apoyada por amplios sectores del espectro político y la comunidad educativa, la mo-

de Construcciones Navales (“Es unánime el apoyo que prestan la clase trabajadora y el pueblo”, en *La Hora*, 19 de septiembre de 1958, p. 16).

⁴¹ Como era de esperarse, las publicaciones nacionalistas pusieron el grito en el cielo con el juego de palabras en la entonación del himno y lo tomaron como signo inequívoco de la “mentalidad colonial” del los laicos (“Y los laicos del mundo responden”, en *Mayoría*, núm. 77, 29 de septiembre de 1958, p. 17.

⁴² “5 opiniones en otros tantos discursos”, en *Clarín*, 20 de septiembre de 1958, pp. 16-17.

vilización del 19 de septiembre generó una suerte de euforia.⁴³ No es de extrañar que los laicos pensarán en una posible marcha atrás de la decisión oficial de reglamentar el Artículo 28 y la confianza estaba puesta en los legisladores. A ellos, precisamente, se dirigió la FUA en una carta abierta. Como ya lo habían hecho con Gabriel del Mazo, la FUA apeló a los legisladores que se habían identificado con los principios de la Reforma, recordándoles que “el ser reformista no es un sarampión de la juventud, es un pacto con un programa que se escinde a la hora de la muerte. Vuestra conducta dirá si son hombres fieles a una vida o si ingresan a la bochornosa lista de tráfugas del Movimiento Universitario Argentino. Vuestros compañeros de ayer y de hoy esperan vuestra palabra”.⁴⁴ A la espera de los debates quedaron los estudiantes.

Esperando sin calma

El 23 de septiembre, en medio de una gran expectativa, debían empezar las sesiones en la Cámara de Diputados dedicadas a debatir el Artículo 28. Previendo que los debates se extenderían hasta el 30 –el último día de las reuniones ordinarias del parlamento– el Consejo Superior de la UBA decidió la clausura de la universidad por una semana, a la vez que se constituyó en sesión permanente.⁴⁵ Ese mismo día, la FUBA y la FEMES llamaron a una huelga para poder concurrir al parlamento y a otra, de 48 horas, a partir del 25. Los dirigentes de esas organizaciones fueron cautos a la hora de definir las ocupaciones o tomas de colegios y facultades: sólo debían realizarse, señalaron, como medidas extremas.⁴⁶ Como evidencia de las tensiones hacia dentro de

⁴³ En términos de concurrencia, la Policía Federal estimó 160 mil personas y los organizadores desde el palco hablaron de 300 mil (“Reunión en el Congreso en defensa del laicismo”, en *Clarín*, 20 de septiembre de 1958, p. 1). La prensa comunista, exagerando, tituló “Medio Millón de Personas” (*La Hora*, 20 de septiembre de 1958, p. 1). La prensa nacionalista, mientras tanto, estimó que habían asistido 100 mil personas, “50.000 comunistas; 30.000 fubistas y chicos de colegio (que iban por el barullo más que por otra cosa); y otros de partidos”. Para reforzar que la presencia comunista había impregnado la demostración, se comparaba “era la Unión Democrática otra vez en la calle, pero al servicio de Moscú” (“El Comunismo reunió e hizo desfilar agresivamente pero en orden a colegiales, liberales y socialistas”, en *Mayoría*, núm. 77, 29 de septiembre de 1958, p. 16).

⁴⁴ “Carta de la FUA a los legisladores nacionales y provinciales”, en *La Prensa*, 12 de septiembre de 1958, p. 16.

⁴⁵ *Boletín de Informaciones de la Universidad de Buenos Aires*, núm. 4, octubre de 1958, p. 25.

⁴⁶ Esto último generó un agitado debate en el seno de la FUA, ya que otras federaciones del país habían aconsejado, precisamente, ocupar inmediatamente las facultades, véase “FUA: resolvió en prolongada sesión la ocupación o toma de las universidades”, en

los bloques mayoritarios en la Cámara de Diputados, no hubo quórum el 23 y recién al día siguiente comenzaron los debates.

Al mediodía del 24 de septiembre, el recinto de la Cámara de Diputados estaba repleto: había 174 diputados sobre un total de 182 y la barra era numerosa. Las principales posiciones ya habían sido anunciadas en los días anteriores, así como la decisión de la UCRI de no votar en bloque. La mayoría de los bloques de la UCRI y de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) tanto como el Partido Socialista se pronunciarían por la derogación lisa y llana del Artículo 28 y por la postergación de la discusión sobre las universidades privadas mientras que no se tratara una nueva ley universitaria. La minoría del bloque de la UCRI, junto a otras fuerzas, se había encolumnado tras el proyecto del diputado Horacio Domingorena, que proponía la derogación del Artículo 28, pero su reemplazo por una nueva reglamentación por la cual se autorizaba a que las universidades privadas expidieran títulos habilitantes bajo el control estatal, especificando a su vez que no podrían recibir financiamiento estatal alguno.

Las discusiones en Diputados fueron acaloradas y de manera evidente recogían el clima de efervescencia de “la calle”. A pesar de que algunos diputados pretendieron restringir el debate al tema de la expedición de títulos por parte de las universidades privadas, los más reconocieron que lo que estaba en juego era mucho más abarcador: era una concepción de cultura y hasta de Estado, junto con una reevaluación de la tradición política argentina en la que se enfatizaron las referencias al régimen peronista, condenado por casi todos los participantes. Quizá por eso mismo, una de las cuestiones que se repitieron fueron las formas de definir el vocablo “libertad”. Y si este último fue repetido y analizado de múltiples maneras, el otro gran vocablo del día fue “Reforma”. La carta que los estudiantes enviaran a los diputados había surtido su efecto: tanto quienes estaban por la derogación lisa y llana del Artículo 28 como quienes se alineaban con Domingorena se vieron obligados a hacer profesión de fe reformista. En algunos de estos últimos casos, los esfuerzos por filiar los principios reformistas con la “libertad de enseñanza” llevaron a duras pruebas retóricas, fundamentalmente si se intentaba vincular la necesidad de creación de universidades privadas con la aceleración del “desarrollo nacional”.⁴⁷ Para quienes estaban por la

Clarín, 23 de septiembre de 1958, p. 19; y “FUBA proyecta un paro con los estudiantes secundarios”, en *Clarín*, 24 de septiembre de 1958, p. 21.

⁴⁷ Un caso ejemplar fue el del diputado de la UCRI, Francisco Migliaro. Tras relatar con lujo de detalles su trayectoria en “la gran escuela democrática y revolucionaria que es la reforma universitaria” y enfatizar cómo los estudiantes buscaban crecientemente un acercamiento con las organizaciones obreras y las “fuerzas nacionales”, el diputado concluía que la única forma de continuar la defensa de los intereses nacionales era autorizar a que la iniciativa privada expidiera títulos para así poder formar personal técnico más especializado y poder desarrollar a “un país industrialmente atrasado, con una economía agraria semifeudal, con una economía industrial agobiada por la presión del capitalismo

derogación lisa y llana, la tarea era más sencilla y bastaba con largas citas de los “maestros reformistas” –Julio V. González, Deodoro Roca, Gabriel del Mazo– para legitimar el monopolio estatal sobre la enseñanza superior y la defensa del laicismo. Era este último grupo el que estaba más decidido a hacer entrar al recinto la efervescencia callejera. Una invocación urgente del “afuera” fue llevada al recinto a altas horas de la noche del 24, cuando el diputado Carlos Becerra comenzó su intervención con una noticia de alarma: “Se producen en estos momentos hechos de fuerza en la UBA”.⁴⁸

En efecto, durante la noche del 24 de septiembre se produjeron graves disturbios en la sede que compartían el Rectorado de la UBA y la Facultad de Filosofía y Letras, que en verdad prolongaban los que se habían iniciado durante el día en la sede de la Facultad de Derecho. Los protagonistas fueron los integrantes Sindicato Universitario de Derecho (SUD), cercano al Grupo Tacuara.⁴⁹ Durante la mañana, y tras haberse hecho pública la resolución del Consejo Superior de clausurar las actividades universitarias, unos 200 estudiantes del SUD entraron a la Facultad de Derecho, desalojaron una asamblea y, según comenta una crónica, “provocaron algunos destrozos”. Argumentando su “derecho a aprender”, decidieron ocupar el edificio hasta que el decano pidió un amparo judicial y los desalojaron. Al anoecer, mientras el Consejo Superior estaba reunido, el grupo del SUD y “otros estudiantes nacionalistas” –algunos con armas de fuego– llegaron a la sede del Rectorado y la Facultad de Filosofía y Letras, ocupando esta última, donde se organizaron barricadas y se quemaron libros de la Biblioteca, especialmente los “firmados por el Rector de la Universidad”.⁵⁰ Fue el Rector quien, esta

monopolista y por la influencia deformadora del imperialismo” (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 24 de septiembre de 1958, pp. 4221-4224). La argumentación de Migliaro no era, por cierto, original. En verdad, era la que se ensayaba desde los círculos liderados por Rogelio Frigerio. Véase, por ejemplo, “Enseñanza libre para dar al país sus técnicos o monopolio estatal para seguir fabricando doctores”, en *Qué sucedió en siete días*, núm. 198, 9 de septiembre de 1958, pp. 7-8. A diferencia de lo planteado por Migliaro en el recinto, sin embargo, las editoriales de la revista concebían que la Reforma de 1918 había cumplido un ciclo, “revolucionario si se quiere”, pero que sus principios estaban agotándose (“Una universidad argentina que forme profesionales eficientes”, en *Qué sucedió en siete días*, núm. 201, 30 de septiembre de 1958, p. 3).

⁴⁸ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 24 de septiembre de 1958, p. 4232.

⁴⁹ De acuerdo a un comunicado de la FUBA, reproducido por la prensa, el SUD estaba comandado por “el delincuente común Roberto Radames Marini, asaltante del Museo de Armas y de otras fechorías” (*La Hora*, 25 de septiembre de 1958, p. 14). El 27 de septiembre, integrantes del SUD respondieron con otro comunicado, en el cual destacaban que esas imputaciones respecto al “estudiante Marini” eran falsas y consideraban “intolerable que se pretenda calificar como delitos comunes las acciones inspiradas por móviles políticos que demuestran inquietudes al servicio del país” (“Comunicado”, en *Azul y Blanco*, núm. 120, 30 de septiembre de 1958, p. 3).

⁵⁰ “Ocupación de facultades”, en *La Prensa*, 25 de septiembre de 1958, p. 5.

vez, pidió ayuda a los consejeros estudiantiles reformistas y humanistas para lograr apaciguar los ánimos y desalojar la sede.⁵¹

Esa misma noche, la FUBA decidió promover la ocupación de las facultades y la FEMES la de las escuelas. De todas maneras, antes de las decisiones “oficiales”, cientos de estudiantes secundarios en el área metropolitana ya habían comenzado a ocupar los colegios y la Policía a desalojarlos, en un proceso que no hizo más que expandirse en los días siguientes. En algunos casos, los secundarios no ofrecieron mucha resistencia, aunque precavidamente llamaron a escribanos para hacer constar que “no se habían destrozado materiales didácticos ni muebles”. Fue lo sucedido, por ejemplo, en la Escuela Normal 4, donde las “60 señoritas ocupantes” estaban acompañadas por sus padres. En otros colegios, como el Nacional Mitre, los alumnos se negaron a retirarse y la policía usó gases lacrimógenos y los sumarió por “usurpación”.⁵² Las ocupaciones y detenciones se multiplicaron: en sólo dos días, 170 estudiantes –de los cuales 152 eran menores de edad– habían ido a parar a diferentes comisarías.⁵³ Durante el 24 y el 25 de septiembre también se ocuparon las facultades de Medicina, Económicas, Farmacia y Filosofía y Letras, presuntamente con el apoyo de los tres claustros.⁵⁴

En el fin de semana que siguió a las ocupaciones, por fin, se realizaron las votaciones en el parlamento. En la madrugada del sábado 26 de septiembre, en la Cámara de Diputados se votaron las dos posiciones: por la derogación lisa y llana se pronunciaron 109 diputados, mientras 52 lo hicieron por el proyecto Domingorena. Un estallido de júbilo recorrió al arco laicista, pero las batallas parlamentarias más duras vendrían en las próximas horas. Con menos expectativas que en las anteriores oportunidades, la FUA envió también una carta a los senadores, en la que se los llamaba a demostrar su “coraje cívico”, exhortándolos

⁵¹ Ante la evidente gravedad de lo que estaba sucediendo y el temor de ser identificada con los nacionalistas del SUD y sus allegados, la Liga de Estudiantes Humanistas se apresuró a emitir un comunicado para aclarar que estaba en “total desacuerdo con las ocupaciones” aunque se cuidaba de resaltar que la responsabilidad de los incidentes le correspondía al Rector, “por haber ordenado el cese de las actividades” (“Desautorización de los humanistas”, en *La Nación*, 25 de septiembre de 1958, p. 6).

⁵² “Desalojó la policía colegios ocupados por estudiantes”, en *Clarín*, 25 de septiembre de 1958, pp. 16 – 17.

⁵³ “Varios colegios fueron ocupados”, en *La Prensa*, 26 de septiembre de 1958, p. 6. Según una declaración de la FEMES, la nómina completa de los colegios desalojados, además de los mencionados arriba, incluía al Normal Mariano Acosta; Nacional Rivadavia; Nacional 4 de Avellaneda; Nacional de Morón; Nacional y Normal de Banfield; Nacional Moreno; Comercial Estrada; Comerciales 5, 8 y 20 de Capital; Liceos 3, 9 y 10 de Capital; Industriales 2, 3, 4, 6 y 13 de Capital; Escuela de Cerámica; Escuela Fábrica 132 y Nacional de San Isidro (“Ocupan colegios metropolitanos los secundarios”, en *La Hora*, 26 de septiembre de 1958, p. 16).

⁵⁴ “De la situación universitaria informa la FUBA”, *La Prensa*, 26 de septiembre de 1958, p. 7.

a “abandonar su maridaje vergonzante con el Poder Ejecutivo”, y a no “ser el freno de las reivindicaciones populares”.⁵⁵ Pero el “maridaje” se consumó el 28 de septiembre, cuando los Senadores –en una sesión cerrada– decidieron apoyar, con escasas variantes, el proyecto Domingorena. La batalla parlamentaria se complicaba para los laicistas: ahora el proyecto volvería a Diputados y eran necesarios dos tercios de los votos para poder rechazar la propuesta del Senado.

Las batallas de los laicos también se complicaron en otros frentes. Dada la ampliación y la radicalización de la movilización estudiantil, los discursos y prácticas represivas alcanzaron mayor envergadura. En un comunicado, Luis Mac Kay sostenía que “la trascendencia insólita de las actividades de alzamiento obliga al Ministerio a adoptar las resoluciones más severas” y, como castigo ejemplificador, anunciaba el cierre de ocho escuelas y la consecuente pérdida del ciclo lectivo para los alumnos.⁵⁶ Días después, el Jefe de la Policía Federal, Ezequiel Niceto Vega, avanzó una particular caracterización de las ocupaciones y de la movilización estudiantil. En una conferencia de prensa, Niceto Vega acusó a “elementos de extrema izquierda” del financiamiento y la organización estudiantil. Precisaba que los estudiantes “recibieron 30 millones de dólares” para organizar sus acciones y que la táctica de “ocupación de locales” no era sino la favorita de la extrema izquierda. La única medida para “contener los desbordes”, para Niceto Vega, era la ilegalización del Partido Comunista.⁵⁷

La indignación provocada por las declaraciones de Niceto Vega en las filas estudiantiles fue sólo comparable a la provocada por el resultado de la nueva votación en la Cámara de Diputados. El 30 de septiembre, desde temprano, algunos grupos de estudiantes secundarios y universitarios se habían concentrado en la Plaza del Congreso a la espera de la decisión última sobre la reglamentación del Artículo 28 mientras que otros marcharon a Plaza Once, donde se desarrollaba un acto en defensa del petróleo convocado por diferentes organizaciones obreras. Allí, el presidente la FUBA reclamaba para los estudiantes “un lugar de combate al lado de la clase obrera”, mientras invitaba a la

⁵⁵ “Envío FUA una carta a los senadores”, en *La Prensa*, 28 de septiembre de 1958, p. 4.

⁵⁶ Los colegios eran los Nacionales Sarmiento, Avellaneda y 14; la Escuela de Comercio de San Isidro; las Industriales 1 y 2, de Avellaneda; y la Escuela Industrial de Lanús (“Cesan las clases en ocho establecimientos secundarios”, en *Clarín*, 28 de septiembre de 1958, p. 7). El mensaje, de todas maneras, no habría tenido un efecto inmediato: el lunes 29 de septiembre los estudiantes secundarios redoblaron la apuesta y ocuparon 35 escuelas, localizadas mayormente en el sur del conurbano bonaerense (“Los colegios ocupados en la provincia”, en *Clarín*, 30 de septiembre de 1958, p. 20).

⁵⁷ “El Jefe de Policía analizó ciertos hechos de actualidad”, en *La Prensa*, 30 de septiembre de 1958, p. 8.

conurrencia a llegarse hasta la Plaza del Congreso.⁵⁸ Las noticias que se filtraban del recinto parlamentario no eran buenas para los laicistas. Algunos diputados que antes se habían proclamado por la derogación lisa y llana se ausentaron del recinto y otros cambiaron su voto –presuntamente presionados por miembros del Poder Ejecutivo, como el ministro Vítolo, y gobernadores, como el tucumano Celestino Gelsi–. El resultado: no se alcanzaron los dos tercios de los votos para rechazar la propuesta del Senado y prosperó el proyecto Domingorena. En el recinto llovieron monedas y gritos de “traidores”. Afuera, los estudiantes atacaron a pedradas el Congreso y los autos de varios diputados. La Policía detuvo a casi un centenar de estudiantes.⁵⁹ Los “laicos” habían perdido la batalla parlamentaria, y esa misma noche otra, más violenta y callejera, ya se había iniciado.

De la “lucha de guerrilleros” a la “unidad obrero-estudiantil”

Según lo decidido por el Consejo Superior de la UBA y lo exhortado por el Ministerio de Educación, el 1° de octubre los estudiantes universitarios y secundarios tenían que recomenzar las clases. ¿Cómo recomenzarlas “normalmente”? ¿Cómo agotar el clima de efervescencia cuando, tras la votación parlamentaria, la percepción general entre los estudiantes laicistas no era sólo la de derrota sino la de burla?⁶⁰ Si bien era cierto que los rumores sobre las presiones a los legisladores ya circulaban –e incluso la prensa los retomó tras la votación– y que al menos las organizaciones estudiantiles preveían el resultado de la votación final, no por ello la confirmación de esos rumores fue menos fatal y la percepción de “traición” menos dramática.⁶¹ La “normalidad” estuvo lejos de retornar en los días posteriores a la decisión parlamentaria. Por el contrario, muchos estudiantes laicistas protagonizaron batallas callejeras mucho más agitadas que las que se habían visto hasta entonces.

⁵⁸ “Vibrante acto estudiantil en defensa del petróleo y del laicismo”, en *La Razón*, 1° de octubre de 1958, p. 16.

⁵⁹ “Impresionantes episodios se producen”, en *La Razón*, 1° de octubre de 1958, p. 12.

⁶⁰ La expresión “burla” se filtró en los comunicados que la FUBA y la FEMES realizaron inmediatamente después de la decisión parlamentaria, reproducidos en “El estudiantado continuará luchando hasta consolidar el triunfo burlado”, en *La Hora*, 2 de octubre de 1958, p. 13.

⁶¹ Hasta un diario afamado por sus cercanías al frondizismo reprodujo las versiones sobre la presión que Vítolo y el gobernador tucumano Gelsi, entre otros, habrían ejercido sobre algunos legisladores, “El tema del momento: Qué ocurrió con el Artículo 28”, *Clarín*, 2 de octubre de 1958, p. 20.

El 1° de octubre, la mayoría de las facultades reabrieron sus puertas y durante el día, en diversas asambleas, la FUA, la FUBA y la FEMES decidieron convocar a una huelga estudiantil para los días 3 y 4. La FEMES, de todas maneras, se mantenía firme en su decisión de ocupar colegios y movilizarse en distintos puntos de la ciudad. Como había sucedido el día anterior, el 2 de octubre los estudiantes secundarios volvieron a la Plaza del Congreso y nuevamente se enfrentaron con la Policía, que antes del mediodía ya había agotado su provisión de gases lacrimógenos.⁶² Mientras tanto, muchos colegios continuaban ocupados. En algunos casos, la dinámica general de movilización permitió que los estudiantes incorporasen otras demandas, más locales. Tal fue lo sucedido con las alumnas del Comercial 16, quienes no sólo ocuparon el colegio sino que recorrieron los diarios para denunciar el autoritarismo y las actitudes antisemitas de la directora.⁶³

Pero los estudiantes secundarios no fueron los únicos en movilizarse en los días inmediatamente posteriores a la votación en el Parlamento. Por el contrario, las facultades de Derecho, Arquitectura y, fundamentalmente, Medicina devinieron “campos de batalla”. El 1° de octubre, 1.500 estudiantes de Medicina habían decidido mantener una huelga hasta el 9 de octubre y organizar piquetes en la puerta de la facultad. El 2 de octubre por la tarde, según la crónica, mientras los estudiantes reformistas estaban entre asambleas y piquetes, entraron a la facultad unos “100 estudiantes humanistas” y comenzó una de las peleas más importantes de las registradas en esas semanas: se usaron “piedras, cascotes, cachiporras, y hasta tubos de ensayo con ácido sulfúrico y clorato de potasio”.⁶⁴ A la mañana del 3 de octubre, los estudiantes reformistas estaban en las afueras de la facultad e iban a comenzar una nueva asamblea cuando comenzó una pelea a los puños con un grupo de “varias decenas de humanistas”. La Guardia de Infantería habría intentado separarlos, el grupo de humanistas se diluyó y, sintetizaba un cronista, los estudiantes reformistas iniciaron “una lucha de guerrilleros”, que resultó en la detención u hospitalización de cientos de estudiantes.⁶⁵

El sábado 4 de octubre, mientras la prensa comentaba sobre “la guerra de guerrillas”, comenzaron las tratativas para poner un punto final a las movilizaciones y las ocupaciones protagonizadas por los estudiantes laicistas. En ese proceso, el Rector de la UBA y algunos miembros del Consejo Superior se entrevistaron con el ministro Vítolo. Risieri Frondizi sostuvo allí que “toda la responsabilidad del conflicto

⁶² “El Congreso de la Plaza”, en *Clarín*, 3 de octubre de 1958, p. 24.

⁶³ “Un grupo de alumnas visitó nuestra redacción: una denuncia”, en *La Razón*, 2 de octubre de 1958, p. 2.

⁶⁴ “Clima de violencia: hubo choques muy serios”, en *La Razón*, 3 de octubre de 1958, p. 3.

⁶⁵ “Agravóse el conflicto de los universitarios”, en *La Nación*, 4 de octubre de 1958, p. 4.

recaía en el Poder Ejecutivo”.⁶⁶ Si bien el Rector se habría mantenido firme en su interpretación del conflicto, es de suponerse que se llegó a un acuerdo. De hecho, horas más tarde se reunieron los Ministros de Educación e Interior con el Presidente y representantes de las fuerzas policiales. Tras la reunión, el ministro Vítolo anunció que se suspenderían por 30 días los actos públicos en la Ciudad de Buenos Aires, a la vez que se liberaba a todos los detenidos. El ministro Mac Kay, por su parte, informó que, a condición de una vuelta a la “normalidad de las aulas en los colegios secundarios”, se reabrirían los colegios y se reconsiderarían las sanciones disciplinarias.⁶⁷

Las movilizaciones callejeras llegaban así a su fin, con el imperativo del retorno a la “tranquilidad de las aulas, los laboratorios, y las bibliotecas” que la comunidad educativa laicista había abandonado unas semanas atrás. Se imponían nuevamente, en ese contexto, las interpretaciones de los alcances y significados de la movilización estudiantil. El periódico *La Nación* volvió a editorializar, profundizando lo delineado las semanas anteriores: los estudiantes no habían tenido práctica en la vida democrática dado que los años peronistas habían aportado poco a su formación cívica. Sin embargo, el editorialista continuaba, los sucesos posteriores a la votación parlamentaria ponían en evidencia que la lección no había sido aprendida: “fue legítima la agitación que precedió al debate del Artículo 28”, aseguraba, pero “ha dejado de haber legitimidad democrática en la protesta violenta que siguió a la sanción legislativa”.⁶⁸ Sin interrogarse, por cierto, sobre las características que había tenido esa sanción legislativa, para el editorialista los estudiantes “laicos” pasaban a estar, y al parecer sin remedio, en el campo antidemocrático. A similares conclusiones llegaba, por esos días, la comisión directiva de las Primeras Jornadas Nacionales de Educación Media, dominada por representantes de colegios privados: los adolescentes estaban a punto de “naufragar en la corriente contraria a la democracia”.⁶⁹ Para ciertos sectores de la opinión pública, con su actitud “antidemocrática” los estudiantes “laicos” perdían toda respetabilidad.

Los estudiantes volvieron a las aulas en la semana que siguió a la imposición de la suspensión de los actos públicos y de la exhortación a retornar a clases. Para muchos, posiblemente, ese retorno a las aulas implicó el final transitorio de su participación en la vida pública. Para

⁶⁶ “Entrevista con el Ministro del Interior”, en *Boletín de Informaciones de la Universidad de Buenos Aires*, núm. 4, octubre de 1958, pp. 28 - 29.

⁶⁷ “Se suspenden por treinta días todos los actos públicos”, en *La Nación*, 5 de octubre de 1958, p. 1.

⁶⁸ “El acatamiento a la ley”, en *La Nación*, 5 de octubre de 1958, p. 6.

⁶⁹ “Se debe evitar el naufragio de la juventud”, en *La Razón*, 9 de octubre de 1958, p. 17.

otros, sin embargo, implicó una vuelta a nuevas asambleas y discusiones. Al menos en el nivel de las dirigencias estudiantiles, durante esa semana se libraría una última batalla vinculada a la dinámica de movilizaciones iniciada a principios de septiembre. En esta batalla se pondrían de manifiesto los límites del proyecto de “unidad obrero estudiantil” –que tantas veces había sido invocado en las semanas precedentes– y en la que, por fin, el movimiento estudiantil reformista comenzaría a desgajarse de manera evidente.

Desde fines de septiembre, algunas organizaciones obreras, especialmente de tendencia comunista, proyectaban una huelga general para el 10 de octubre en respuesta al aumento del costo de vida y a las negociaciones vinculadas a los contratos petroleros. Se había agregado, asimismo, un punto específico referido a la defensa del laicismo. La FUA y la FUBA fueron convocadas y habían adelantado su participación. Sin embargo, los organizadores no contaban con el respaldo de las 62 Organizaciones, que nucleaban a los gremios más poderosos controlados por viejas y nuevas dirigencias sindicales peronistas. Quizás porque los dirigentes de la FUBA no querían verse ligados a una iniciativa cuyos propulsores básicos eran comunistas –en medio de un anticomunismo creciente– o quizás porque ciertamente habían repensado las relaciones con el movimiento obrero de raigambre peronista, lo cierto es que fueron ellos los emisarios para la incorporación de las 62 Organizaciones a la huelga.

En efecto, los dirigentes estudiantiles se reunieron con sindicalistas de las 62 Organizaciones y comenzaron haciendo una autocrítica respecto a la relación entre la FUBA y el movimiento obrero peronista: “nos equivocamos en 1945”, habrían dicho, “y nos seguimos equivocando en los años posteriores”, agregando que “ahora nos disponemos a hacer verdadera la unidad obrero estudiantil”.⁷⁰ Según versiones, algunos sindicalistas no se sintieron satisfechos con las expresiones estudiantiles: les recordaron a sus interlocutores estudiantiles que “la FUBA fue inexorablemente un instrumento al servicio del imperialismo y de las causas antipopulares” y les señalaron que la unidad no era posible.⁷¹ Es difícil pensar que la misión de los dirigentes de la FUBA y su autocrítica hayan sido suficientes para convencer al plenario de las 62 Organizaciones, pero éstas decidieron –a último momento– con-

⁷⁰ “Discrepancias en torno al pleito estudiantil”, en *La Nación*, 9 de octubre de 1958, p. 12.

⁷¹ “Igual que en 1945, la FUBA y los comunistas actúan como fuerza de choque de las minorías ‘democráticas’ al servicio de los intereses foráneos”, en *Mayoría*, núm. 79, 16 de octubre de 1958, p. 6. *Mayoría* editorializaba que la FUBA estaba aliada con “elementos trotskizantes” que querían copar las 62 Organizaciones y por supuesto saludaba la respuesta de los dirigentes sindicales que “advirtieron la maniobra”.

vocar a la huelga del 10 de octubre.⁷² Muy complicado fue, para los dirigentes de la Mesa Directiva de la FUBA, convencer a sus propios compañeros reformistas.

En las asambleas realizadas en distintas facultades los días inmediatamente anteriores a la proyectada huelga, la discusión entre los dirigentes estudiantiles y sindicales parece haber tenido un lugar prominente. Las agrupaciones humanistas que todavía permanecían en los centros de las facultades, en bloque, votaron por no adherirse a la huelga. Esa decisión de los humanistas era absolutamente esperable. De hecho, la fragmentación entre “humanistas” y reformistas había alentado el conflicto en las semanas previas. No tan previsible, sin embargo, fueron las decisiones tomadas en las asambleas de los centros de Ingeniería (La Línea Recta), del doctorado de Química y de Medicina (donde no se llegó a una decisión, en parte porque el ala reformista estaba dividida entre quienes apoyaban y quienes no apoyaban la huelga). En las dos primeras no sólo se votó contra la adhesión al paro sino que comenzó a promoverse un “juicio político” a los dirigentes de la FUBA.⁷³ Si bien ambos centros ya tenían ganada su fama de “gorilas”, su decisión en ese contexto implicó la primera escisión profunda –y orgánica– al interior del movimiento estudiantil reformista.

Las posiciones encontradas con respecto al peronismo marcaron a fuego a los estudiantes reformistas. Quizá el último bastión que había logrado aglutinarlos no fue otro que esa “gran divisoria de aguas que fue el laicismo”, como plantearía Silvia Sigal. Y las batallas de los “laicos” terminaron de la manera más irónica. La tan discutida huelga del 10 de octubre ni se sintió en los ámbitos universitarios y escolares: el Ministerio de Educación y las autoridades universitarias decidieron plegarse al asueto administrativo decretado por el gobierno nacional. ¿El motivo? El país estaba de duelo porque el 9 de octubre, por la tarde, había muerto Pío XII.

El '58 y después

En 1962, David Viñas publicó su novela *Dar la cara*. El tiempo de la narración coincide con los episodios de la “laica o libre” y uno de los personajes estructurantes de la novela, Bernardo Carman, deviene arquetípico de una generación de estudiantes reformistas. Carman había

⁷² Quizá la decisión de convocar a esa huelga fue un primer signo de que los vínculos entre las 62 Organizaciones y el gobierno de Frondizi se estaban resquebrajando, en un proceso que se evidenció desde principios de noviembre de 1958. Véase Daniel James, *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946 – 1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 151 y ss.

⁷³ “Novedades en la universidad”, en *La Razón*, 10 de octubre de 1958, p. 7.

hecho sus primeras armas en el reformismo cuando éste era una pieza importante en la lucha frente al régimen peronista, había salido a la calle “contra Dell’Oro” en 1956 y, después de unos meses en el servicio militar, había vuelto a la vida civil y universitaria con la vocación de recibirse de abogado. Pero volvía a la vida universitaria precisamente en septiembre de 1958 y rendir materias le resultaba imposible. Carman se resistía a entrar de lleno en la dinámica de movilización y de paso advertía caras nuevas entre las filas de los “laicos” reformistas, reflexionando que “quieren hacerse los violentos los recién llegados: ustedes perdieron el tiempo, son abstractos, córranse, hagan lugar, al museo”.⁷⁴

Quizá el ficticio Carman estaba, al menos parcialmente, en lo cierto al reflexionar que los estudiantes reformistas que nutrieron las batallas de los “laicos” eran “recién llegados”. Si bien sería arriesgado afirmarlo categóricamente para el caso de los estudiantes universitarios, seguramente eran nuevos en la vida política los miles de estudiantes secundarios que ocuparon colegios, hicieron huelgas y se enfrentaron en las calles y plazas con los “libres” y con la Policía. Esas acciones, constitutivas de una dinámica de movilización que fue creciendo, no eran desconocidas para el movimiento estudiantil. Lo novedoso en 1958, en todo caso, fue que todas se combinaron y dieron a la movilización de los “laicos” un alcance inaudito. Esa movilización se expandió mucho más allá de las fronteras de los espacios educativos y sus actores para derramarse en las calles y para incorporar a otros actores decisivos, que fueron desde las fuerzas represivas hasta diputados, ministros, y la prensa.

Ya desde los inicios de las luchas de los “laicos” había comenzado una batalla interpretativa, con posiciones que se fueron radicalizando tanto como las de los estudiantes. Mientras la Policía, algunos ministros y la prensa nacionalista sostuvieron desde los inicios de las batallas de los “laicos” una misma interpretación que enfatizaba la presencia de “elementos ajenos” –léase, comunistas– impulsando la movilización estudiantil, otros discursos e interpretaciones prefirieron indagar en líneas argumentativas alternativas. Para estos últimos, la “rebelión estudiantil” se explicaba centralmente por la falta de “cultura democrática” de los estudiantes, que se debía a no haberla ejercitado durante los años peronistas. Mientras en un principio confiaban en la posibilidad de ese aprendizaje, cuando se produjeron enfrentamientos callejeros más serios esa confianza terminó por

⁷⁴ David Viñas, *Dar la cara*, Buenos Aires, Jamcana, 1962, p. 114. El mismo año en que se publicó la novela, se produjo y estrenó su transcripción al cine, preservando el mismo título. Dirigido por José Martínez Suárez y con guión del propio Viñas, el film respeta los núcleos centrales de la novela. Sin embargo, y llamativamente, Bernardo Carman (personificado por Luis Medina Castro) no es estudiante de Derecho sino de Ingeniería y un viejo dirigente de la Línea Recta. A su vez, mientras en la novela no termina de resolverse la situación estudiantil de Carman, en el film éste vuelve a sus estudios.

disiparse. Los estudiantes laicistas en bloque (“viejos” o “recién llegados”, universitarios y secundarios), ahora, no eran sino elementos “violentos y antidemocráticos”. Los estudiantes habían perdido la “respetabilidad” ganada en los años de oposición al peronismo y pasaban al campo de lo peligroso, incluso “extremista”, un campo en el cual la mayoría de la prensa nacional y emisarios de diferentes gobiernos los seguirían situando en las décadas siguientes.

Las discusiones en torno al peronismo, sin embargo, trascendieron a quienes buscaban interpretar y hacer inteligibles las batallas de los “laicos” para colarse en los debates del propio movimiento estudiantil, o al menos el de sus dirigencias. El intento de plasmar la tan mentada “unidad obrero-estudiantil” llevado a cabo por dirigentes de la FUBA los hizo tropezar con ciertos límites. Si, por un lado, los dirigentes peronistas de las 62 Organizaciones no le perdonaban a la FUBA el haber participado del bloque antiperonista hasta hacía muy poco tiempo, otros dirigentes estudiantiles de origen reformista tampoco le perdonarían a la federación el haberse “arrodillado” ante el peronismo. Así, llevar a la práctica esa unidad resultó en la primera escisión cristalizada del movimiento estudiantil reformista, que se hizo evidente, por ejemplo, en el IV Congreso de la FUA en 1959, que tuvo que posponerse porque no se llegaban a acuerdos básicos entre los dirigentes reformistas. Cuando por fin se realizó, la dirigencia estudiantil estaba ya más atada a corrientes políticas nacionales y desvinculada del conjunto de los estudiantes.⁷⁵ Lo mismo sucedía, en otra escala, con los estudiantes secundarios de Liga del Sur: a las reuniones que convocó durante 1959 sólo habría asistido lo más activo de su dirigencia, activistas mayormente enmarcados en corrientes políticas nacionales.⁷⁶

¿Qué había pasado con esos miles de estudiantes que protagonizaron las batallas de los “laicos”? Al celebrarse el primer aniversario de aquel “glorioso 19 de septiembre”, una nota de opinión de la *Revista del Mar Dulce* intentaba una respuesta. Comenzaba por reconocer la “parálisis” de los estudiantes y lo atribuía, en parte, al “equivocado sentimiento de fracaso”

⁷⁵ Carlos Ceballos plantea que la Junta Ejecutiva elegida en ese Congreso estaba formada por militantes del Partido Comunista, del Socialista y por independientes de izquierda y reconoce, además, que existía un profundo alejamiento de la dirigencia y la “masa estudiantil” (*Los estudiantes universitarios y la política, op. cit.*, pp. 25-27). Ernesto Laclau, por su parte, fue más categórico al sostener que, tras las movilizaciones de 1958, se produjo un proceso de aislamiento “cada vez mayor del movimiento estudiantil alrededor de un izquierdismo que no tenía bases”. Ahí estaban, según Laclau, las razones por las cuales en 1961 los reformistas perderían muchos de los centros estudiantiles a manos de grupos “humanistas” (Mario Toer (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, vol. 1, *op. cit.*, p. 76).

⁷⁶ Tras una fallida convocatoria a una huelga estudiantil en su área de irradiación, el sur del conurbano bonaerense, la Liga prácticamente se desmembró y sus integrantes terminaron por abandonar el local de reuniones a mediados de 1959 (Archivo DIPBA, Mesa “A”, Factor Estudiantil, legajo 2, folios 13, 17 y 23).

tras “el duro golpe” que significó la “derrota” 1958.⁷⁷ Pero, ¿hasta dónde era “equivocado” el sentimiento de fracaso? Es posible inferir la desazón de esos miles de estudiantes laicistas que salieron a las calles durante algo más que un mes y medio y que creyeron que mediante su movilización podrían refrenar un proyecto que ellos concebían como privatista y confesional en la educación superior. Posiblemente, se trató de una generación que no llegó a ser: no logró articularse y no alcanzó la respetabilidad o los “triumfos” que su predecesora de septiembre de 1955. Un sentimiento de fracaso, bastante poco equivocado, parecía haberse extendido en 1959 en buena parte de adolescentes y jóvenes que sólo un año antes habían protagonizando uno de los procesos de movilización estudiantil más significativo, sino el más importante, de la historia argentina del siglo XX.

⁷⁷ Marcos Szlachter, “Lo nuevo en las luchas estudiantiles”, en *Revista del Mar Dulce*, núm. 9, octubre de 1959, p. 8.

Título: Las batallas de los “laicos”: movilización estudiantil en Buenos Aires, septiembre-octubre de 1958.

Resumen

Este artículo reconstruye el ciclo de movilizaciones protagonizadas por estudiantes universitarios y secundarios laicistas durante el conflicto conocido como “laica o libre” mediante el análisis de tres procesos interrelacionados. En primer lugar, se explora la emergencia de una nueva generación de estudiantes, cuyos elementos más visibles fueron los secundarios. En segundo lugar, se examina cómo la prensa y el cuerpo ministerial y policial explicaron las características de ese movimiento estudiantil recurriendo a discursos anticomunistas y antiperonistas. Por último, se analiza cómo segmentos de la dirigencia estudiantil buscaron aproximarse al movimiento obrero peronista y las implicancias de ello para la preservación de la unidad del “reformismo”.

Palabras clave: Movimiento estudiantil - Reformismo - Laicismo - Frondicismo - Peronismo

Abstract

Through the analysis of three interrelated processes, this article reconstructs the cycle of mobilizations led by university and high-school students during the so-called “lay or free” conflict. First, the article explores the emergence of a new student generation, whose most visible elements were the high-school students. Second, it examines how the press as well as ministers and the police forces explained the characteristics of that student movement by resorting to anticommunist and anti-Peronist discourses. Lastly, it analyzes how some sectors of the student leadership strove to approach the Peronist labor movement and its lasting consequences to the preservation of the Reformist-oriented student movement.

Keywords: Student Movement - Reformism - Lay - Frondizism - Peronism